

MERCEDES FRANCO

RECORDANDO A LOS BUENOS LIBREROS.

En los últimos tiempos con el ocaso o éxodo de las grandes editoriales y las buenas librerías, echamos de menos el arte de los libreros. Sin ellos, nuestra orfandad escritural se hace aún más inmensa, porque los libreros fueron siempre los mejores amigos de los escritores y de los lectores. Que es más o menos lo mismo, porque los escritores siempre hemos sido lectores impenitentes. Una buena noche después del trabajo, visitar las librerías era infaltable, décadas atrás. Extrañamos charlar con Walter Rodríguez en “Lectura “, y los acertados comentarios de Katina en “El Buscón”.

Estas librerías eran refugio de escritores y lugares escogidos para presentar o “bautizar” libros. Yo recuerdo haber bautizado libros en El Buscón, en Ludens y en la librería de Monte Avila, de grata recordación.

Algunas librerías nos regalaban además con excelentes tertulias, como las del Gusano de Luz. Allí compartíamos con Alexis Márquez, Manuel Bermúdez y Denzil Romero, entre otros escritores.

Los libreros más que amigos constituían un gran apoyo, para los autores, por su cultura, por su sensibilidad literaria y su bonhomía. No solo era el consejo sabio, sino el detalle, la sutileza, ese guardarnos, por ejemplo , una excelente edición, para consolarnos de aquella inaccesible que soñábamos y habíamos solicitado con ilusión, pero que no recibimos por problemas de correo.

Los asiduos de la librería Suma formaban su tertulia nocturna al frente de la librería , en los cercanos espacios del Gran Café.

Sobreviven al caos libreros eternos, como Javier Marichal, quien desempeña aun su arte inigualable en Caracas, con nuestra efusiva gratitud.

Los libreros no sólo son anfitriones perfectos, son poetas, son narradores, son filósofos, y consejeros. Y siempre han ejercido su maravilloso oficio a la perfección, con agudeza sutil, pero con gracia y sencillez.

M Franco